ΣΟΦÍΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGION MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista, siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

EL DEBER DE VENERAR

(EN EL DÍA DEL LOTO BLANCO)

Hoy consagramos un recuerdo á todos aquellos campeones que han pasado á otro plano después de habernos dejado sus enseñanzas.

El principal y primero pertenece, desde luego, á los Presidentes Fundadores de nuestra Sociedad, H. P. B. y H. S. O.

Las cenizas de los dos Fundadores se han repartido por todo el mundo para fundirse con todo lo material más visible; pero hay una cosa que se ha difundido más que esas pequeñas partículas que dejó de sus envolturas la incineración, son sus partículas mentales, que vibran y animan como pensamientos y como ideas á todos los individuos que pertenecen á la Sociedad Teosófica.

Toda la obra de los Presidentes Fundadores ha sido fecunda y productiva por el impulso poderoso que ellos han sabido comunicar; pero han sido sus principales vehículos todos esos discípulos que la han difundido en todas partes, como ha ocurrido entre nosotros por medio de esos trabajadores infatigables que se llamaron en España Montoliu, Monleon, Florencio Pol, etcétera, etc.

Nuestra fiesta de Todos los Santos y nuestro Día de Ánimas

es este día del Loto Blanco. Pero no es un día de tristeza ni de dolor; no debe tener el carácter de una fiesta litúrgica positiva como el que existe en todas las religiones, sino un carácter más elevado y superior que el que tienen esas conmemoraciones religiosas. Al recordar hoy á nuestros Fundadores y á todos los trabajadores que les han ayudado y desaparecido de entre nosotros, no hemos de sentir el dolor de una pérdida irremediable, de un desamparo que será eterno. Pensando en ellos, sabemos seguramente que viven aún y que vivirán siempre, aún más que nosotros mismos, ayudándonos en nuestra perfección y en nuestro estudio.

Esa inmortalidad personal que postulan los egos más apegados á las miserias y materialidades corrientes, no es, ciertamente, la que han alcanzado nuestros amigos y maestros, sino otra inmortalidad superior, que consiste en vivir y en nacer constantemente como portadores de luz en cada nuevo estudiante que se acerca á este estudio donde se aprende y se perfecciona el individuo. El nombre mismo de esos maestros y de esos campeones vale poco, y nada significa al lado de su obra. ¿Se llamaban así como los conocimos? Nosotros les dimos el nombre que llevaban, pero su verdadero nombre es uno de los secretos que hemos de investigar y la revelación que podemos hacer cualquier día dentro de nosotros.

La veneración que les debemos constituye por nuestra parte una obligación, y es también una de las formas que reviste nuestra asociación kármica. Nuestro Karma, nuestro destino, tiene límites más grandes de los que pueden adivinarse en una consideración somera, hecha de primera intención. Nuestro Karma es toda nuestra acción y todos sus resultados; pero no de nuestra acción puramente nuestra, sino de nuestra acción de nosotros y de nuestra acción con los demás. Hemos de creer firmemente que como menos adelantados y perfectos hemos influído en otro tiempo sobre los demás, como hoy preparamos una influencia sobre los futuros. La rueda de nuestros nacimientos nos da una asociación kármica, ligándonos aún á otros hasta el extremo de tener más responsabilidad sobre los que nos han iniciado y precedido que sobre los que hemos de preceder, porque nosotros hemos precedido también á nuestros predecesores y dificultado su camino.

La veneración que les debemos es, así, un verdadero débito,

no por sus propios méritos de adelanto y de perfección, sino por el mal que les hemos proporcionado anteriormente. Por nuestro mucho mal anterior les hemos dificultado su obra, y por nuestro poco bien, que antes hemos tenido, gozamos actualmente de los beneficios de nuestro adelanto. Esa es la ligadura que tenemos con todos los que han existido y ese el deber que hemos de cumplir.

Nos volvemos á encontrar en una situación en que hemos estado ya, y debemos procurar que sea mejor y más provechosa que la pasada, para facilitar así la propia liberación nuestra como la liberación ajena.

El recuerdo de los que han estado con nosotros y de los que nos han precedido inmediatamente, no hemos de hacerlo con dolor ni para exaltarles por su ciencia, por su saber, por su bondad, sino para vivirles en nosotros como ellos quisieron vivir y no como por los efectos de nuestra acción anterior tuvieron que desenvolverse. De ese modo les honramos mejor y les devolvemos el bien que les hemos arrebatado en otro tiempo.

Al llamarles en nuestra mente y al traerles á nuestro corazón, no hemos de llamarles como se evoca el nombre de un sabio ó de un pariente que ha fallecido; hemos de llamarles y de traerles como á padres y como á maestros á quienes hemos de proporcionar la dicha de devolverles su amor y la ciencia que nos han inculcado.

Nuestros dones, nuestros regalos, nuestros obsequios, no son sino una pura ilusión de nuestra mente; lo más que podemos hacer en todos los casos es devolver; por eso la veneración para todos los que nos han precedido, es un deber que debemos y que hemos de cumplir sin dejar nada para otra ocasión futura.

He ahí cómo debemos traer á nuestra mente y á nuestro corazón en este día el recuerdo y la imagen de los Presidentes Fundadores H. P. B. y H. S. O. y de todos los hermanos que se han librado de la carne y despojado de la envoltura en que se nos dieron á conocer en este plano.

ARIMÍ

FILÓSOFOS ANTIGUOS Y CRÍTICOS MODERNOS

EN uno de los más antiguos sistemas filosóficos y religiosos de los tiempos prehistóricos, leemos que al terminar un Mahâ-Pralaya (disolución general) la Gran Alma, Param-Âtma, el Yo Existente por Sí Mismo, aquello que «sólo puede ser concebido por lo suprasensual», se hizo *manifiesto á sí mismo* (1).

Dan los Hindos á esa «Existencia» varios nombres, siendo uno de ellos Svayambhû ó el Yo Existente por Sí Mismo. Este Svayambhû emana de sí mismo la facultad creadora, ó Svâyambhuva—el «Hijo de lo Existente por Sí Mismo»—y lo Uno conviértese en Dos; éste, á su vez, evoluciona un tercer principio con la potencialidad de convertirse en Materia, que los ortodoxos llaman Virâj, ó el Universo (2). Esta Trinidad incomprensible se antropomorfiza más tarde, resultando la Trimûrti conocida como Brahmâ, Vishnú y Shiva, los símbolos de los poderes creador, conservador y destructor de la Naturaleza, y al mismo tiempo de las fuerzas transformadoras ó regeneradoras, ó más bien, de los tres aspectos de la Fuerza Universal única. Es la Tridanda, la Unidad triple manifestada, la que dió origen al AUM, que para los ortodoxos es sólo una Trimûrti abreviada.

Sólo bajo este triple aspecto pueden las profanas masas comprender el gran misterio.

Cuando el Dios triple se vuelve Shârira, esto es, reviste una forma visible, representa todos los principios de la Materia, todos los gérmenes de vida; es el Dios de las tres caras ó poder triple, la esencia de la Tríada Védica.

«Conozcan los Brâhmanes la Sílaba Sagrada (Aum), las tres palabras de la Sâvitrî, y lean diariamente los Vedas» (3).

---

(1) Véase *Mânava Dharma Shâstra* (*Leyes de Manu*), I, 5, 6, 7, 8, y sig.

(2) Todo estudiante de Teosofía reconocerá en estas tres emanaciones consecutivas á los tres Logos de la *Doctrina Secreta* y el Esquema Teosófico.

(3) Compárese con *Manu*, IV, 125.

«Después de producir el Universo, Aquél cuyo poder es incomprensible, desapareció de nuevo, absorbido en el Alma Suprema.. ..

»Retirada en la primitiva obscuridad, permanece la Gran Alma en lo ignoto, careciendo de toda forma.....

»Cuando nuevamente ha reunido los principios sutiles elementarios, y se introduce en una semilla, bien sea vegetal ó animal, asume en cada una nueva forma.

»Así es como, por medio de una vigilia y sueño alternados, hace el Sér Inmutable revivir y morir eternamente á todos los séres existentes, activos é inertes.» (1)

Quien haya estudiado las especulaciones de Pitágoras sobre la Mónada que, después de emanar la Dúada, se retira al silencio y obscuridad, y crea así la Tríada, puede comprender donde nació la Filosofía del gran Sabio de Samos, y tras de él, la de Sócrates y Platón. La Década mística ($1 + 2 + 3 + 4 = 10$) es un modo de expresar esta idea.

Uno es Dios; Dos, la Materia; Tres, combinando á la Mónada y Dúada y participando de la naturaleza de ambas, es el Mundo fenomenal; la Tétrada ó forma de la perfección, expresa lo vácuo de todas las cosas; y la Década, ó suma total, abarca al Kosmos entero.

Veamos cómo concuerdan las ideas Brahmánicas con las Filosofías Paganas pre-cristianas y con el Cristianismo mismo. Preferible será que principiemos por la Filosofía Platónica, el compendio más completo de los sistemas abstrusos de la India antigua.

Aunque han transcurrido veintidós siglos y medio desde la muerte de Platón, las grandes inteligencias del mundo todavía se ocupan en sus escritos.

Era el intérprete del mundo, en el sentido más completo de la palabra, y el Filósofo más grande de la era pre-cristiana, que reflejó fielmente en sus obras, con su expresión metafísica, el espiritualismo de los Filósofos Védicos que le precedieron en miles de años.

Vyâsa, Jaimini, Kapila, Patanjali y muchos otros transmitieron sus indelebles huellas á través de los siglos, por conducto de Pitágoras, á Platón y á su escuela. Así queda confirmada la inferencia de que la sabiduría revelada á Platón y á los Sabios

(1) Compárese con *Manu*, I, 50, y otras shlokas (versículos).

Hindos fué la misma. ¡Divina y eterna ha de ser la sabiduría que así sobrevive á la acción del tiempo!

Enseñó Platón que subsistía la justicia en el alma y que era el bien más grande de su poseedor. «Los hombres, proporcionalmente á su inteligencia, admitieron sus transcendentales declaraciones»; sin embargo, sus comentadores rehuyen, casi unánimes, todo pasaje que implique que su Metafísica está fundada en terreno firme y no en conceptos ideales.

Pero no podía Platón aceptar una Filosofía destituída de la aspiración espiritual; consideraba á ambas como una misma cosa.

Para el antiguo Sabio Griego un solo objeto había de alcanzarse: el VERDADERO CONOCIMIENTO. Consideraba como verdaderos Filósofos ó estudiantes de la verdad, sólo á aquellos que poseen el conocimiento de lo que existe en la realidad, en oposición á los meros objetos de la percepción; de lo que eternamente existe, en oposición á lo transitorio; y de lo que existe permanentemente, en oposición á lo que aumenta, disminuye, se desarrolla y muere.

Más allá de todas las existencias finitas y de las causas segundas, de todas las leyes, ideas y principios, existe una *Inteligencia* ó *Mente* (*Nous:* el Espíritu), el primer principio de todos los principios, la Suprema Idea, en la que todas las demás ideas están basadas; la substancia última de la que derivan su sér y esencia todas las cosas, la causa primera y eficiente de todo orden, armonía, belleza, excelencia y bondad que anima al universo—llamada por preeminencia y excelencia el Bien Supremo, el Dios (ὁ θεὸς) «el Dios sobre todas las cosas» (ὁ ἐπὶ πᾶσι θεός). (1)

No será difícil al Teosofista reconocer en ese «Dios» *(a)* la MENTE UNIVERSAL bajo su aspecto cósmico; *(b)* el Ego Superior en el hombre, bajo el microcósmico. Porque, como dice Platón, Él no es la verdad ni la inteligencia, «sino su Padre»; esto es, el Padre del Manas Inferior, nuestra «mente cerebral» personal, dependiente, en sus manifestaciones, de los órganos de los sentidos. Aun cuando no sea esa esencia eterna de las cosas perceptible por medio de nuestros sentidos físicos, puede ser comprendida por la mente de aquellos que no son voluntariamente

(1) Cocker, *Christianity and Greek Philosophy*, XI, 377.

obtusos (1). Vemos que afirma Platón claramente que todas las cosas visibles han sido creadas ó evolucionadas por la VOLUNTAD invisible y eterna, y á su semejanza. Nuestro Cielo, dice, fué formado conforme al eterno modelo del «Mundo Ideal», contenido, como todo lo demás, en el dodecaedro, el modelo geométrico empleado por la Deidad (2). Es para Platón el Ser Primordial una emanación de la Mente Demiurga (Nous), que de toda eternidad encierra en sí mismo la «Idea» del «mundo por crear» y produce esa Idea de sí mismo (3).

Las leyes de la Naturaleza son las establecidas relaciones de esa Idea con las formas de sus manifestaciones. Dos mil años después, vemos al gran filósofo alemán Schopenhauer inspirarse en ese concepto al declarar que:

Esas formas son tiempo, espacio y causalidad. A través del tiempo y el espacio, varía la idea en sus innumerables manifestaciones.

Así, pues, si á menudo desfiguró la Teología á la antigua Teosofía, la Psicología y Ciencia modernas han desfigurado á la antigua Filosofía. Ambas se inspiraron, sin reconocerlo, en la Sabiduría antigua, y la vilipendiaron y rebajaron siempre que pudieron hacerlo.

Pero por falta de comprensión de los grandes principios filosóficos y teosóficos, los métodos de la Ciencia moderna, aunque exactos, han de acabar en la nada. En ninguna materia puede demostrar el origen y fin de las cosas. En vez de deducir el efecto de su origen primitivo, marcha en sentido contrario. Enseña que sus especies superiores han evolucionado todas de otras inferiores que las precedieron. Parte de lo bajo del ciclo, guiada paso á paso, en el gran laberinto de la Naturaleza, por un hilo de Materia. En cuanto éste se rompe, pierde el norte y huye temerosa de lo Incomprensible, confesándose impotente.

No procedían así Platón y sus discípulos.

Para ellos, como para nosotros, *las especies inferiores son sólo las imágenes concretas de especies abstractas superiores*. El Espíritu, que es inmortal, tiene un principio aritmético, así como el cuerpo lo tiene geométrico.

---

(1) Ese «Dios» es la Mente Universal, Alaya, la fuente de donde el «Dios» que está en cada uno de nosotros ha emanado

(2) Compárese con *Timæus Locrius*, p. 97.

(3) Véanse *Exp anations*, de Mover, p. 268.

Ese principio, como reflejo del gran Archæus Universal, muévese por sí mismo, y desde el centro se difunde sobre el cuerpo entero del microcosmo.

¿Es acaso la triste percepción de esta verdad, cuyo reconocimiento y adopción por parte de cualquier hombre de Ciencia resultaría ahora mortal, la causa de que tantos sabios y estudiantes ilustres confiesen la impotencia de la Ciencia Física, aun tratándose del mundo de la Materia?

Casi un siglo separaba á Platón de Pitágoras (1); así es que no pudieron conocerse. Mas ambos eran Iniciados, y no es extraño, por lo tanto, el hecho de que enseñasen la misma doctrina acerca del Alma Universal. Pitágoras enseñaba á sus discípulos que Dios es la Mente Universal difundida en todas las cosas, y que esa Mente, por la sola virtud de su semejanza universal, podía comunicarse de un objeto á otro, y por medio del poder de voluntad del hombre, crear todas las cosas.

También entre los antiguos Griegos, Kurios era el Dios de la Mente (Nous).

«Ahora bien, Koros (Kurios) significa la naturaleza pura y sin mezcla de la inteligencia — la «sabiduría», dice Platón en el Cratylo—. Vemos, pues, que todos los grandes filósofos, desde Pitágoras, Timeo de Locria, y Platón hasta los neoplatónicos, hacen derivar el Alma-Mente humana del Alma-Mente Universal.

Acerca de los mitos y símbolos, desesperación del Orientalismo moderno, declara Platón en *Gorgias* y *Phaedro*, que eran los vehículos de grandes verdades, bien dignos de estudio. Pero tan poco están los comentadores *en relación* con el gran filósofo, que se ven obligados á reconocer que ignoran dónde «termina lo doctrinal y dónde principia lo mítico.» Platón disipó las supersticiones populares referentes á la magia y demonios, y convirtió las exageradas nociones del tiempo en teorías racionales y conceptos metafísicos. Quizás no resistirían éstos del todo el método inductivo de razonamiento establecido por Aristóteles; son, sin embargo, satisfactorios en sumo grado para los que conciben la existencia de la facultad superior del conocimiento interno ó intuición, como criterio para descubrir la verdad; porque pocos mitos existen en cualquier sistema religioso

(1) Pitágoras nació el año 580 a. J. y Platón en el año 430.

que no estén fundados sobre una base histórica y á la par científica.

Como muy bien dice Pococke, los mitos

> Han resultado ahora ser fábulas en proporción exacta de nuestra mala interpretación de los mismos; verdades, en proporción de su comprensión. Nuestra ignorancia es la que ha convertido la historia en mito; y nuestra ignorancia es una herencia helénica, resultado de la vanidad helénica en gran parte. (1)

Fundando todas sus doctrinas en la presencia de la Mente Suprema, enseñó Platón que, siendo «generado» el Nous, el Espíritu ó alma racional del hombre, «por el Divino Padre», posee una naturaleza parecida y hasta homogénea con la Divinidad, y capaz de contemplar las realidades eternas.

Esa facultad de contemplar la realidad de un modo directo é inmediato, sólo á Dios pertenece; constituye la aspiración á este conocimiento, lo que se entiende verdaderamente por Filosofía: el amor de la sabiduría. El amor á la verdad es inherentemente el amor al bien, y dominando á todos los deseos del alma, purificándola, y asimilándola á lo divino, gobernando así todos los actos del individuo, eleva al hombre hasta la participación y comunión con la divinidad y le restaura en su semejanza á Dios.

Dice Platón en el *Theætetus:*

> Esa elevación consiste en hacerse semejante á Dios, y esa asimilación es haber alcanzado la justicia y la santidad con la sabiduría.

Siempre afirma que la base de esa asimilación es la preexistencia del Espíritu ó Nous. En la alegoría del carro y caballos alados, que encontramos en el *Phaedro*, presenta á la naturaleza psíquica como compuesta ó doble; el *Thumos*, ó la parte epitumética, formada de las substancias del mundo de los fenómenos, y el *thumoeides* (θυμοειδές), cuya esencia está unida al mundo eterno.

La vida terrestre actual es una caída y un castigo. Habita el Alma en «el sepulcro que llamamos el cuerpo», y en su estado incorporado, y previamente á la disciplina de la educación,

(1) *India in Greece*, Prefacio, p. IX.

el elemento noético ó espiritual está «dormido». La vida, más bien que realidad, es, pues, un sueño. Semejantes á los cautivos en la cueva subterránea, descripta en la *República*, vueltos de espalda á la luz, sólo percibimos las sombras de los objetos y las consideramos como realidades. ¿No es acaso esta idea de Mâyâ, ó la ilusión de los sentidos en la vida física, un rasgo muy saliente de la Filosofía Hinda? Mas aquellas sombras, si no nos hemos entregado en absoluto á la naturaleza sensual, despiertan en nosotros la reminiscencia de aquel mundo superior que hemos habitado ya.

Posee el espíritu interior un vago y obscuro recuerdo de su estado espiritual antenatal, y algunas aspiraciones instintivas y prolípticas de regreso á aquel estado.

Misión de la disciplina filosófica es la de salvar al alma de la esclavitud de los sentidos y elevarla hasta el empíreo del puro pensamiento, hasta la visión de la verdad, bondad y belleza eternas, uniéndola así al Espíritu.

No puede el alma entrar en la forma de un hombre, si jamás ha visto la verdad.

Esta es un recuerdo de aquellas cosas que anteriormente vió nuestra alma cuando vivía con la Deidad, despreciando las cosas que decimos ahora que existen y contemplando y mirando lo que existe en realidad. Por lo tanto, sólo el nous ó espíritu del Filósofo (ó estudiante de la verdad superior) está dotada de alas, porque éste conserva en su mente, en cuanto le es posible, aquellas cosas cuya contemplación diviniza hasta la Deidad misma. Haciendo buen uso de esas cosas recordadas de la vida anterior, perfeccionándose constantemente en los misterios perfectos, conviértese en verdad un hombre en perfecto: un iniciado en la divina sabiduría.

Nos asegura Porfirio, de la Escuela neoplatónica, que la Filosofía de Platón era enseñada y practicada en los Misterios (1).

(1) Las acusaciones que contra Sócrates se formularon, de introducir divinidades extranjeras y corromper á la juventud ateniense, justificaron ampliamente á Platón en la ocultación de la doctrina secreta de sus enseñanzas. El «tecnicismo» especial de los alquimistas se empleaba, sin duda alguna, con el mismo fin. El calabozo, la rueda y la hoguera eran empleados sin escrúpulo alguno por los Cristianos de todos matices, particularmente por los católico-romanos, contra todos aquellos que

Muchos han puesto esto en duda, y hasta lo han negado; y Lobeck en su *Aglaophomus* llegó hasta el extremo de presentar las fiestas sagradas como algo más que unas ferias insubstanciales, insulsas, para cautivar la imaginación. ¡Como si fuese posible que Atenas y la Grecia hubiesen acudido cada cinco años á Eleusis, durante más de veinte siglos, para presenciar una farsa religiosa solemne! Agustín, obispo de Hipona, echó por tierra semejantes afirmaciones. Declara que las doctrinas de los Platónicos Alejandrinos eran las doctrinas esotéricas originales de los primeros discípulos de Platón, y describe á Plotino como un Platón reencarnado. Explica también los motivos que tenía el gran Filósofo para ocultar el sentido interno de lo que enseñaba.

Podemos comprender, pues, por qué las escenas más sublimes de los Misterios tenían lugar siempre de noche. La vida del Espíritu interno es la muerte de la naturaleza externa, y la noche del mundo físico marca el día del mundo espiritual. Por lo tanto, á Dionysos, el sol de la noche, ríndesele mayor culto que á Helios, el orbe del día. Estaban simbolizados en los Misterios la condición preexistente del Espíritu y del Alma y la caída de esta última á la vida terrestre y al Hades, las miserias de esa vida, la purificación del Alma y su reintegración á la divina gloria ó reunión con el Espíritu. Compara Theon de Smirna con justicia la disciplina filosófica con los ritos místicos; y sus opiniones, tomadas de Taylor, pueden sintetizarse como sigue:

Puede llamarse Filosofía á la iniciación en los verdaderos arcanos de los verdaderos misterios y la instrucción en los mismos. Esa iniciación se compone de cinco partes: I La purificación previa. II La admisión á la participación en los ritos secretos. III La revelación

enseñaban simplemente las ciencias naturales cuando eran contrarias á las teorías profesadas por la Iglesia. El papa Gregorio el Grande hasta prohibió el uso gramatical del latín, considerándolo como pagano. Consistió la falta de Sócrates en revelar á sus discípulos los arcanos de la doctrina relativa á los dioses, que se enseñaba en los Misterios, y constituía un crimen capital. También fué acusado por Aristófanes de introducir en la república al nuevo dios Dinos como demiurgo ó artífice y señor del universo solar. El sistema Heliocéntrico era igualmente una doctrina de los Misterios, y por este motivo, cuando Aristarco el Pitagórico la enseñó abiertamente, declaró Cleantes que debieran los griegos haberle procesado y sentenciado por «blasfemia contra los dioses». Pero jamás había sido iniciado Sócrates, y nada divulgó, por lo tanto, de lo que nunca se le había confiado.

epóptica. IV La investidura ó entronización. V La quinta, producto de todas éstas, es la amistad y comunión interna con Dios, y el goce de la dicha que nace de las relaciones íntimas con séres divinos.

.....Llama Platón *epopteia*, ó vista personal, á la perfecta contemplación de las cosas que se conciben intuitivamente, verdades é ideas absolutas. Considera también el acto de ceñir la corona como análogo al hecho de serle conferida á cualquiera la autorización, por parte de sus instructores, de conducir á otros a la misma contemplación. Del quinto grado nace la dicha más perfecta; y, según Platón, la más completa asimilación posible á séres humanos con la divinidad. (1)

H. P. B.

(1) Thomas Taylor, *Eleusinian and Bacchic Mysteries*, p. 47.

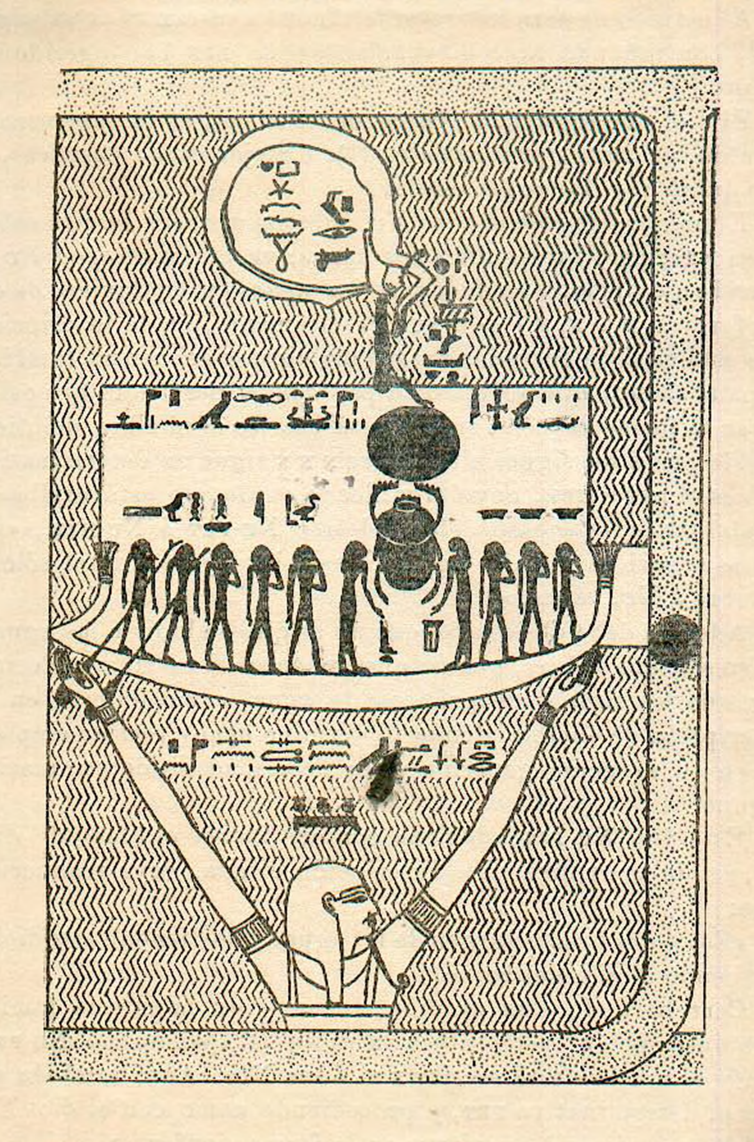
El nacimiento del Sol.

Uno de los importantes libros del Egipto, es el conocido por Shat ent am Tuat, ó sea el «Libro de lo que hay en el Tuat». Este libro, muy semejante, en cuanto al objeto que desempeñaba en la religión egipcia, al conocido «Libro de los muertos» ó Per-em-hru (1), fué divulgado por los sacerdotes de la fraternidad de Amen-Ra, en Tebas, con el especial propósito de demostrar el supremo poder de Amen-Ra en Pet, Ta y Tuat, ó como hoy diríamos, en los cielos, la tierra y los infiernos, aun cuando Pet no expresaba entonces los cielos en la acepción que hoy damos á esta palabra, pues con ella no se quería denotar el lugar ó morada de los justos, ni Tuat significa propiamente lo que hoy entendemos por los infiernos.

El Tuat, en un sentido, parece la parte correspondiente á alguna región, de ningún modo un mundo inferior ó superior, sino lo que literalmente puede entenderse por el «Otro Mundo»; pero la traducción escueta significa el «Alba». De este modo, y entendiendo por el Tuat la correspondencia de una región, nos encontramos con que Abidos tenía el Tuat de Khenti-Amenti, Memphis el de Seker, Mendes el de Ausar (Osiris) y Heliópolis el de Temu-Kheper-Ra. Sin embargo, el Tuat estaba poblado de

(1) Véase Sophia, t. VIII, pág. 229.

séres monstruosos que torturaban con horribles penas y sumergían en lagos de fuego á los hombres que no habían sido justos, penas y suplicios de los que se libraban los buenos aun cuando



no podían prescindir de pasar por el Tuat. De esto resulta que esta región ni es el infierno, ni el cielo, ni el purgatorio.

Al final de «El Libro de las Puertas del Tuat», cuando ya el dios del sol ha recorrido toda la región de las tinieblas, se

encuentra un dibujo que indudablemente representa el resurgimiento ó salida del sol, y que suele ser titulado por los egiptólogos «La Creación».

Al estudio de esta interesante lámina dedicamos estas páginas, consignando las observaciones que nos ha sugerido el asunto.

El dios que sostiene el barco del dios sol, es la representación de las aguas primordiales (1), ó mejor dicho cósmicas, y que quizá hoy llamaríamos éter.

El nombre de este dios es NU, pues así aparece escrito sobre su cabeza; pero NU significa *las aguas;* ya que N es *agua* y U el plural en egipcio, escribiéndose *las aguas* en cualquiera de estas formas: N N N, N - - - ó NU. Precisamente, en la inscripción que está situada entre los brazos del dios, se encuentra también la palabra NU, que se traduce por *aguas;* pero aquí hemos de notar la forma especial en que está escrito el nombre del dios, puesto que á los signos alfabéticos N N N sigue un determinativo que es el PET ó HER, cuyo significado es «lo que está arriba» ó «cielo» y en este caso debiera leerse NU-PET ó NU-HER, «las aguas superiores» ó «las aguas celestiales», y no limitar sólo el nombre á NU, «aguas».

Además debe observarse que no se quiso aludir á las aguas, en su sentido vulgar, puesto que entonces el escriba pudo trazar sólo los signos ideográficos de agua, como lo hizo en la inscripción de encima, donde el término *aguas* resulta empleado en su acepción genérica y sin necesidad de determinativo alguno.

Este dios NU-PET, sostiene con sus manos el barco del dios sol, según se explica en la inscripción citada, cuya traducción dice:

«Estos dos brazos surgen de las aguas y sostienen á este dios», aludiendo al dios del barco.

Corroborando esta opinión, tenemos en la misma lámina otra inscripción, referente á la diosa compañera de NU-PET, donde el nombre está escrito N T, ó sea NUT. Aquí también vemos el determinativo PET, y procediendo como con el dios NU, podemos analizar la escritura en la forma siguiente:

---

(1) *Génesis,* cap. I, ver. 2. «y el Espíritu de Dios se movía sobre la haz de las aguas».

N, NU, en el cual se supone el plural U, ó se toma el primer signo como silábico, y el T, desinencia que expresa el femenino; pero el PET no juega papel alguno á no ser que lo interpretemos también por *celestial*, y entonces tendremos «las aguas femeninas del cielo», debiéndose transcribir, á nuestro juicio, por NUT-PET, nombre que corresponde al aspecto femenino de NU-PET (1).

Sobre el barco que NU-PET sostiene, hay varias divinidades y el escarabajo sagrado con su disco.

Las divinidades son las siguientes:

En el centro AUSET (Isis) y NEBT-HET (Nephthys), las cuales reconocemos como hermanas de AUSAR (Osiris) y esposas del mismo.

A la izquierda se ven cinco dioses que son: SEB, SHU, HEK HU y SA. Los dos últimos van provistos de remos como si fueran los impulsores del barco.

A la derecha hay tres dioses con el signo A sobre sus cabezas, apareciendo como personificación de *puerta*, y siendo de notar que están situados en la parte anterior del barco como abriendo la marcha.

El dios KHEPERA (el escarabajo) corona todo este cortejo de divinidades, ocupando un lugar preeminente con su disco, y encima se lee la siguiente inscripción:

«Este ocupa su sitio en el barco MATETET con los dioses que están en él.»

Estos dioses, que ya hemos citado, representan las funciones en la teogonia egipcia, y en este momento es interesante recordar estas circunstancias con el propósito de descubrir el objeto que tiene su presencia en el barco del dios sol:

SEB, estrella. Dios representado con cabeza humana, hijo de SHU, personifica la Tierra; pero según Plutarco en *Iside et Oriside*, representa á Saturno, concepto que no resulta exacto según los documentos que hasta hoy poseemos. Esta divinidad, como las que siguen, forman entre los cuarenta asesores que presencian el juicio del muerto en la sala MAAT.

---

(1) *Génesis*, cap. I, ver. 6 y 7. «Haya expansión en medio de las aguas, y sepárense las aguas de las aguas.» etc.

SHU, que significa Luz, el día, y se representa con cabeza humana. Es hijo de RA y de HET-HERU (Hathor, morada de Horus), personificación de la luz solar ó su fuerza cosmogónica, por lo cual, algunas veces, se encuentra escrito su nombre con el determinativo especial de un sol radiante.

HEK, Divinidad respecto á la cual se encuentran muy pocos antecedentes, y cuyo nombre no sabemos si será una contracción de HEKA ó HIKA. Este no figura entre los asesores de la sala de MAAT.

HU, que significa alimento divino. Se le representa con cabeza humana, y figura en la sala de MAAT.

SA ó SAA, conocer. Se le representa con cabeza humana.

Los tres dioses colocados en la parte anterior del barco MATETET (de la salida del sol), son llamados AA, puerta, ó UN, quizás contracción de UNTA ó UNTI, y que podríamos interpretar la hora ó los que iluminan, alumbran.

Para mejor dilucidación del significado de todos estos dioses, haremos notar cuáles son los tripulantes del barco del dios sol al atravesar la región de las sombras.

Así en el «Libro de AM-TUAT», *en el amanecer*, en sus doce divisiones, encontramos al barco SEKTET donde el dios sol AF ó AFU viaja desde la puesta hasta la salida del sol, y juntamente con él van las divinidades siguientes:

AP-UAT, «el abridor de caminos».

SA, que ya conocemos.

NEB-T, «la señora del barco». Divinidad femenina con el disco del sol con cuernos en la cabeza.

Después de estos tres suele ir AF y le siguen otros cinco, que son:

HERU-HEKENU, «Plegaria de Horus».

KA-SHU, «el doble de SHU».

NEHES, «el vijía».

HU, cuyo significado ya hemos expuesto y

KHERP, «el timonel».

En la segunda división se ven todas estas divinidades en el barco SEKTET, acompañando á AF; pero delante de todos van dos ureos con los nombres de Isis y Nephthys.

En la tercera división va AF con cuatro tripulantes, sin

nombre, la señora del barco y otra figura con cabeza de halcón.

Ya en la sexta división, el dios principal recibe el nombre de Afu-Ra, que literalmente significa los miembros de Ra (el sol) y que podríamos traducir por «el cadáver de Ra».

En la séptima división, Isis va delante con los brazos extendidos, y en el lugar de la señora del barco hay otra divinidad llamada Heka-ser, faltando también el dios Ap-uat.

Las demás divisiones tienen la misma tripulación que la primera, incluso la doce y última, aun cuando en ésta hemos de consignar que en ella, y delante de todos, va Khepera en forma de escarabajo.

En la versión del «Libro de An-Tuat» conocida como *Libro de las Puertas*, al cual pertenece la lámina de la creación, y exceptuando ésta, sólo encontramos representado al dios sol acompañado, en su barca, de los dioses Sa y Hekau ó Heka; Sa, que representa la inteligencia divina, y Heka, las palabras potentes ó expresiones mágicas.

Volviendo á la descripción del asunto de la creación, vemos que el disco sostenido por Khepera, el escarabajo, es recibido por la diosa Nut, que más propiamente hemos llamado Nut-pet, y junto á esta diosa se ve la inscripción siguiente:

«Nu-pet recibiendo á Ra.»

Pero Nut-pet está erguida sobre la cabeza de Osiris, el cual está doblado de tal modo, que forma un círculo tocando las puntas de los pies en el vértice de la cabeza, y alargando los brazos para sostener á Nut-pet. El espacio comprendido por el cuerpo de Osiris, está desprovisto de agua y en él se lee la siguiente inscripción.

«Ausar (Osiris), cuyo círculo es el Tuat.»

Si ahora examinamos despacio el asunto del dibujo que tenemos ante nosotros, observaremos que quizás no es Khepera el que entrega el disco solar á Nut-pet, como dice la inscripción, puesto que el «Libro de An-Tuat» nos habla de la peregrinación del sol ó Afu-Ra, el cadáver de Ra en el Tuat, de cuyo libro es el final esta lámina, y si Ra sale del Tuat, esto es, del círculo formado por el cuerpo de Osiris, entonces es Nut-pet quien entrega el disco á Khepera. Si además tenemos presente que el sol está representado por Khepara al salir, por Ra al mediodía y por Tum al ponerse, comprenderemos que se trata de la salida ó creación del sol y no de su puesta ó entrada en el

*

Tuat. Y aquí veremos que el Tuat, en la particular forma que afecta Osiris, parece la matriz de donde lo toma Nut-pet, las aguas celestiales femeninas, para colocarlo en un nuevo barco, Matetet, el barco diurno, no ya el barco nocturno, Sektet, en el que atravesó la región de las sombras, para ser conducido por Nu-pet, el agua primordial, durante su viaje visible á través de los cielos.

Desde luego se trata aquí de presentar diferentes aspectos entre un período de actividad ó vigilia y otro período de obscuración, que no podemos llamar de reposo por los múltiples accidentes que de él nos relatan los libros egipcios. Nosotros compararíamos estos períodos con el *Manvantara* y el *Pralaya* (1) hindos, y la lámina nos representa el momento en que el Sol oculto, Amen-Ra, resurge del pralaya á la actividad manvantárica. Por esto el «Libro de An-Tuat» se titula el «Libro del Amanecer», que no otra cosa significa Tuat, y es una nueva forma del Per-em-hru, «La venida el día» ó «Ritual funerario», cuando debiera llamarse el «Libro de la Resurrección».

Manuel TREVIÑO Y VILLA

Madrid. En la Pascua de Resurrección, el 19 de Abril de 1908.

El Evangelio de la Infancia.

Entre los innumerables *Evangelios apócrifos*, este de la *Infancia de Jesús* es uno de los más tiernos y delicados. Henri Sike lo publicó por primera vez en Utrecht en 1677, acompañando al texto árabe de una traducción.

Se le cree obra de los nestorianos de Siria, y su redacción es muy anterior á la aparición de Mahoma, según Tischendorf, que ha consagrado un buen estudio á este libro (1851).

La obra no parece escrita por un mismo individuo, y se cree más bien que es producto de varias colaboraciones, según se desprende de un examen sobre su estilo. Rechazada su autoridad por la Iglesia Católica Romana, el Evangelio de la Infancia informa, á pesar de su falta de fuerza, un sinnúmero de leyendas cristianas, así de los primeros siglos como de épocas muy posteriores.—*R. C.*

PRIMERA PARTE

Introducción.—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, Dios Único.

(1) *La Sagesse Antique* par Annie Besant, París 1905; págs. 484-487.

Comenzamos con el auxilio y el socorro de Dios Omnipotente, á escribir el libro de los milagros de Nuestro Salvador, Maestro y Señor Jesucristo, titulado *El Evangelio de la Infancia*, en la paz del Salvador. Amén.

CAPÍTULO PRIMERO.—Encontramos en el libro del gran sacerdote José, que vivió en tiempo de Jesucristo, y que algunos llaman Caifás, que Jesús habló cuando estaba en la cuna, y dijo á su madre María: «Yo, al que has parido, soy Jesús, el Hijo de Dios, el Verbo, como te anunció el ángel Gabriel, y mi Padre me ha enviado para la salvación del mundo.»

CAP. II.—El año 309 de la Era de Alejandro (1), Augusto ordenó que cada uno se empadronase en su pueblo. José tomó á su esposa María y fué á Jerusalem desde Bethlem, donde residía, para inscribirse con su familia en el lugar donde nació. Al llegar cerca de una cueva, María dijo á José que se acercaba el momento de librar, y que no podía ir hasta el pueblo. «Entremos, pues,—añadió —en esta caverna.» El sol estaba en us ocaso. José fué á buscar á una mujer que asistiera á María, y encontró una anciana israelita que venía de Jerusalem; saludándola le dijo: «Entrad en esa cueva donde hallaréis á una mujer en el momento de librar.»

CAP. III. —Y al ocaso del sol José llegó con la anciana ante la caverna y entraron. Y he aquí que la caverna estaba resplandeciente, con una claridad que sobrepujaba á la de una gran antorcha y que brillaba como el sol al medio día. El niño envuelto en pañales y echado en una cuna, tomaba el seno de su madre María. Quedaron sorprendidos por aquella claridad, y la anciana dijo á María: «¿Eres tú la madre de ese niño?» Y respondiendo María afirmativamente, la anciana dijo: «No te pareces á las hijas de Eva.» Y María replicó: «Lo mismo que entre los hijos de los hombres no hay ninguno que se parezca á mi hijo, su madre es sin par entre las mujeres.» La anciana dijo entonces: «Ama y señora, he venido para recibir una recompensa que dure siempre.» Y María respondió: «Pon tus manos sobre el niño.» Cuando la anciana lo hizo quedó purificada, y al salir dijo: «Desde este momento, seré la servidora del niño y quiero ponerme á su servicio por los días de mi vida.»

(1) La Era de Alejandro empieza doce años después de su muerte. Se conoce también con el nombre de Era Seleucida, que empieza 311 años antes de J. C.—(*N. del T.*)

Cap. IV.—Después, cuando llegaron los pastores y encendieron fuego y se entregaron al gozo, las cohortes celestes aparecieron loando y celebrando al Señor. La cueva parecía un templo augusto donde los reyes celestes y terrestres celebraban la gloria y las alabanzas de Dios por la natividad del Señor Jesucristo. Y la anciana israelita, viendo aquellos sorprendentes milagros, dió gracias á Dios, diciendo: «Os doy gracias ¡oh Dios, Dios de Israel! porque mis ojos han visto la natividad del Salvador del mundo.»

Cap. V.—Cuando llegó el momento de la circuncisión, es decir, el octavo día, fecha en que debe circuncidarse al nacido según la ley, le circuncidaron en la caverna y la anciana israelita recogió lo cortado, ó el cordón umbilical, según otros, y lo puso en un vaso de alabastro lleno de esencia de nardo. Tenía ella un hijo que comerciaba en perfumes y le dió el vaso diciendo: «Guárdate mucho de vender este vaso lleno de perfume de nardo, aunque te ofrezcan por él trescientos denarios. Ese vaso es el que María la pecadora compró y derramó sobre la cabeza y los pies de N. S. Jesucristo enjugándole con sus cabellos.» Al cabo de diez días llevaron el niño á Jerusalem, y á los cuarenta le presentaron en el templo al Señor, haciendo las ofrendas presentes por la ley de Moisés, donde se dice: «Todo niño varón que salga del vientre de su madre, será llamado el santo de Dios.»

Cap. IV.—El anciano Simeón vió al niño Jesús inundado de luz como una columna resplandeciente, mientras la Virgen María, su madre, le llevaba en brazos sintiendo un gozo extremo, y una multitud de ángeles formaban en torno de él celebrando su gloria, acompañándole como los satélites de un rey. Simeón se acercó prestamente á María, y extendiendo sus brazos hacia ella, dijo á N. S. Jesús: «Ahora, Señor, vuestro servidor puede retirarse en paz según vuestra palabra, porque mis ojos han visto vuestra misericordia y lo que habéis preparado para la salvación de todas las naciones, para la luz de todos los pueblos y la gloria de vuestro pueblo de Israel.» La profetisa Ana estaba también presente y dió gracias á Dios, y elogió la dicha de María.

Cap. VII.—Y he aquí lo que ocurrió mientras el Señor Jesús, vino al mundo en Bethlem, pueblo de Judea, en tiempo de Herodes. Los magos vinieron de Oriente á Jerusalem, como

había predicho Zoroastro, y llevaron consigo presentes de oro, incienso y mirra, y adoraron al niño y le hicieron homenaje de sus presentes. Entonces María tomó uno de los pañales que envolvían al niño y lo dió á los magos que lo recibieron como un don de valor infinito. Y en ese mismo instante, se les apareció un ángel bajo la forma de una estrella que les había servido de guía, y se fueron iluminados por la luz hasta que regresaron á su patria.

Cap. VIII.—Los reyes y los príncipes se apresuraron á rodear á los magos, preguntándoles qué habían visto, qué habían hecho, cómo habían ido, cómo habían vuelto y qué compañeros habían tenido en su viaje. Los magos les mostraron el paño de María, celebraron luego una fiesta, encendieron fuego, según su uso, y adoraron el paño, arrojándole á las llamas. Las llamas le envolvieron, y extinguido el fuego, retiraron de él el lienzo entero y sin señal alguna. Se miraron luego, le besaron y le pusieron sobre su cabeza y sus ojos, diciendo: «He aquí seguramente la verdad. ¿Cuál es el precio de este objeto que el fuego no ha podido consumir ni aniquilar?» Y tomándolo lo depositaron con gran veneración entre sus tesoros.

Cap. IX.—Y viendo Herodes que los magos no volvían á verle, reunió los sacerdotes y doctores y les dijo: «Decidme, ¿dónde ha de nacer el Cristo?» y cuando le contestaron que en Bethlem, pueblo de Judea, Herodes comenzó á meditar en su espíritu la muerte del Señor Jesús. Entonces un ángel se apareció á José en sueño y le dijo: «Levántate, toma el niño y su madre y huye á Egipto.» Y al canto del gallo José se levantó y partió.

Cap. X.—Y mientras reflexionaba sobre el camino que debía seguir, llegó el día, y la fatiga del viaje rompió la correa de la silla. Llegó á una gran ciudad donde había un ídolo al que los demás ídolos y divinidades de Egipto ofrecían homenaje y presentes. Había un sacerdote al servicio de ese ídolo, y siempre que Satán hablaba por la boca del ídolo, el sacerdote refería lo que decía á los habitantes del Egipto y sus riberas. Ese sacerdote tenía un hijo de tres años poseído por un gran número de demonios; profetizaba y anunciaba muchas cosas, y cuando los demonios se apoderaban de él, desgarraban sus vestidos y corría desnudo por la ciudad, arrojando piedras á los hombres. La posada de la ciudad estaba cerca del ídolo; y cuando José y

María llegaron y se apearon en la posada, los habitantes fueron presa de consternación, y todos los príncipes y sacerdotes de los ídolos se reunieron alrededor de él preguntando: «¿Á qué se debe esta consternacion, cuál es la causa del temor que se apodera de vosotros?» Y el ídolo respondió: «Ese temor ha sido traído por un Dios desconocido, que es el Dios verdadero, y ninguno sino él es digno de los honores divinos, porque él es el verdadero Hijo de Dios. Á su proximidad ha temblado la comarca, se ha asustado, y experimentamos un gran temor por su poder.» Y en ese instante el ídolo cayó y se rompió como los otros ídolos que había en el país; y su caída aterró á todos los habitantes de Egipto.

Cap. XI.—Pero el hijo del sacerdote, cuando fué del mal á que estaba sujeto, entró en la hospedería é insultó á José y á María y todos los demás huyeron. Y como María lavaba la ropa del Señor Jesús, y la colocaba en una percha, el poseído tomó uno de los paños y se lo puso sobre la cabeza, sucediendo en seguida que los demonios escaparon saliendo por su boca y se les vió alejar en forma de cuervos y de serpientes. El niño fué curado inmediatamente por el poder de Jesucristo, y se puso á cantar alabanzas al Señor que le había libertado y le hizo mil acciones de gracias. Y cuando su padre vió que habia recobrado la salud, exclamó lleno de admiración: «¿Qué es lo que te ha ocurrido, hijo mío; cómo has curado?» Y el hijo respondió: «Cuando los demonios me atormentaban, entré en la hospedería y allí encontré á una mujer bellísima que estaba con un niño, y que colgaba de una percha las ropas que acaba de lavar. Tomé una prenda y la puse sobre mi cabeza, y los demonios salieron en seguida.» El padre lleno de gozo exclamó: «Hijo mío, puede que ese niño sea el Hijo de Dios vivo que ha creado el cielo y la tierra, y tan pronto como ha estado cerca de nosotros, el ídolo se ha roto, y los simulacros de todos los dioses han caído como rotos por una fuerza superior.»

Cap. XII.—Así se cumplió la profecía que dice: «He llamado á mi hijo de Egipto.» Cuando José y María supieron que el ídolo se había caido y roto, sintieron temor y se dijeron: «Cuando estábamos en tierras de Israel, Herodes quiso matar á Jesús, y á tal propósito ordenó la matanza de todos los niños de Bethlem y sus alrededores, y hay que temer que los egipcios nos quemen vivos si saben que ese ídolo se ha caído.»

CAP. XIII.—Partieron, pues, y llegaron cerca de la guarida de unos bandidos que despojaban de sus vestidos y efectos á los viajeros que pasaban por las inmediaciones y los ataban después. Los ladrones oyeron un gran ruído semejante al del cortejo de un rey que sale de su capital, al son de instrumentos de música, escoltado por gran ejército y abundante caballería: entonces su temor les hizo dejar su botín y huyeron. Los cautivos se levantaron entonces, rompieron sus ligaduras, recogieron sus prendas y se iban á retirar, cuando viendo á José y á María que se aproximaban, les preguntaron: «¿Dónde está el rey cuyo cortejo con su ruído, ha asustado á los ladrones, haciéndoles que huyan y permitido nuestra libertad?» Y José respondió: «Nos sigue.»

CAP. XIV.—Llegaron luego á otra población donde había una demoniaca, que cuando iba al pozo por agua en la noche, el espíritu rebelde se apoderaba de ella. No podía soportar ningún vestido, ni habitar ninguna casa, y siempre que se le ataba con cuerdas ó cadenas las rompía y escapaba desnuda á los desiertos. Se detenía en los caminos, cerca de los sepulcros, y perseguía á pedradas á los que encontraba, de tal modo, que era un gran dolor para sus padres. María la vió y se conmovió, é inmediatamente Satán abandonó á la mujer, huyendo bajo la forma de un joven diciendo: «¡Desgraciado de mí, por ti, María y por causa de tu hijo!» Cuando la mujer quedó libre de lo que causaba sus tormentos, miró en torno suyo, y ruborizada por su desnudez, fué hacia sus padres, evitando á los hombres, y después de vestirse con sus vestidos, dijo á sus padres y á sus parientes lo que le había ocurrido. Y ellos, que eran personas de las más distinguidas del pueblo, albergaron á José y á María significándoles sus respetos.

CAP. XV.—Al día siguiente José y María se pusieron en camino, y por la noche llegaron á otra población donde se celebraba una boda. A consecuencia de las obras del espíritu maligno y de los encantos de algunos mágicos, la novia se había quedado muda, de tal modo, que no podía abrir la boca. Cuando María entró en la población, llevando en brazos á su hijo, el Señor Jesús, la que había perdido el uso de la palabra la distinguió, y así que extendió sus manos hacia Jesús le tomó en brazos, colmándole de caricias. Inmediatamente se destrabó su lengua y se la abrieron los oidos, y comenzó á loar y glorificar

á Dios que le había curado. Y aquella noche hubo un gran gozo entre los habitantes de la población, porque presentían que Dios y sus ángeles habían descendido entre ellos.

Cap. XVI.—José y María pasaron tres días en aquel lugar, donde fueron muy venerados y espléndidamente atendidos. Provistos de municiones para el viaje, partieron en seguida y llegaron á otro pueblo, que como estaba floreciente y gozaban sus habitantes de gran celebridad, les movió á pasar la noche en él. Había en aquel pueblo una mujer noble que, bajando un día al río para bañarse, fué tomada por el espíritu malo en forma de serpiente, y todas las noches se tendía sobre su vientre. Cuando esta mujer hubo visto á María y al Señor Jesús, que le llevaba en brazos, rogó á la virgen santa que le permitiese abrazar al niño, María consintió, y tan pronto como la mujer tomó al niño, Satán la abandonó y escapó, no volviéndole á ver la mujer. Todos los vecinos loaron al Señor, y la mujer les recompensó con gran generosidad.

Cap. XVII.—Á la mañana siguiente, esta misma mujer tomó un agua perfumada para lavar al niño Jesús, y después de haberlo lavado, guardó el agua. Tenía ella una hija cuyo cuerpo estaba lleno de lepra blanca y á la que lavó con el agua, curándola inmediatamente. El pueblo dijo entonces: «No hay duda que José y María y ese niño son dioses, porque no pueden ser simples mortales.» Cuando se disponían á partir, la hija que había sido curada de la lepra, se aproximó á ellos y les rogó que les permitiera acompañarles.

Cap. XVIII.—Consintieron y fué con ellos, y llegaron á un pueblo donde tenía un castillo un príncipe muy poderoso; pero ese palacio no era una hospedería. Se acercaron á él, y la joven fué en seguida cerca de la princesa, encontrándola triste y derramando abundantes lágrimas. Preguntóle entonces la causa de su disgusto, y ella le respondió: «No te sorprenda verme entregada á tan gran aflicción, porque soy víctima de una gran calamidad que no me atrevo á contar á ningún hombre.» La joven le replicó: «Si me confiesas tu mal encontrarás acaso el remedio por mí.» La mujer del príncipe le dijo entonces: «No revelarás este secreto á nadie. Yo soy la esposa de un príncipe cuyo imperio, parecido al de un rey, se extiende sobre vastos estados, y, después de haber yacido mucho tiempo con él, no me ha dado ninguna posteridad. En fin, he concebido, pero he

dado á luz un niño leproso; después de verlo no ha querido reconocerlo como suyo, y me ha dicho: «Mata á ese niño ó dale á una nodriza que se lo lleve á un sitio donde no se vuelva á oir hablar de él. Tú, toma lo que es tuyo porque ya no te veré nunca.» He ahí por qué me entrego al dolor deplorando la calamidad que me ha herido y lloro por mi marido y por mi hijo.» La joven respondió: «¿No te he dicho que yo tengo verdaderamente para ti el remedio que te he prometido? Yo también he tenido lepra, pero he curado por un favor de Dios, que es Jesús, el hijo de María.» La mujer le preguntó entonces dónde estaba ese Dios de que hablaba, y la joven replicó: «En esta misma casa donde estamos.» ¿Y cómo puede ser eso? preguntó la princesa. La joven contestó: «He ahí á José y á María y al niño que está con ellos, que es Jesús, y el que me ha curado de mis dolores.» «¿Y por qué medio—dijo la mujer—, ha podido curarte? ¿Es que no puedes decirlo?» La joven respondió: «Yo he recibido de su madre el agua en la que le ha lavado, la he extendido por mi cuerpo y mi lepra ha desaparecido.» La mujer del príncipe se levantó entonces y recibió en su casa á José y á María, y propuso á José un festín magnífico, al que fué invitada mucha gente. Por la mañana tomó agua perfumada para lavar al Señor Jesús, y lavó con la misma á su hijo, que hizo traer, y en seguida fué curado su hijo de la lepra. Entonces se puso á cantar alabanzas á Dios y darle gracias, diciendo: «¡Dichosa la madre que te ha engendrado, oh Jesús! El agua que ha lavado tu cuerpo cura á los hombres que son de tu misma naturaleza.» Luego ofreció ricos presentes á María y la trató con grandísimo honor.

Cap. XIX.—Fueron en seguida á otra aldea, donde pasaron la noche, y se alojaron en casa de un hombre recién casado que, víctima de un maleficio, no podía yacer con su mujer. Cuando pasaron la noche el encanto fué roto. Al ser de día quisieron salir, pero el marido les salió al paso y se lo impidió, preparándoles un gran banquete.

Cap. XX.—Al día siguiente partieron, y al llegar cerca de otra población vieron á tres mujeres que se alejaban de un sepulcro llorando á lágrima viva. Habiéndolas observado María, dijo á la joven que les acompañaba: «Pregúntales qué desgracia les acorre.» Las mujeres no quisieron responder á la pregunta de la joven, y mirándose entre ellas, dijeron: «¿Quién

sois? ¿dónde váis? El día está cayendo y pronto será noche.» La joven respondió: «Somos viajeros y buscamos una posada donde pasar la noche.» Y ellas dijeron entonces: «Venid y pasaréis la noche con nosotras.» Siguieron á las mujeres y llegaron á una casa nueva, admirablemente amueblada. Era invierno y la joven entró en el cuarto de las mujeres y las encontró llorando amargamente. Al lado de ellas había un mulo, cubierto con ropa de seda, y delante de sí tenía forraje que ellas le daban á comer, acariciándole al mismo tiempo. La niña dijo entonces: «¡Oh! señores que mulo más bonito.» Y ellas respondieron llorando: «Este mulo que ves es nuestro hermano; ha nacido de la misma madre que nosotras. Nuestro padre nos dejó á su muerte grandes riquezas, y no teníamos sino este hermano al que tratábamos de procurar un matrimonio conveniente. Pero las mujeres, dominadas por los celos, á nuestra marcha le encantaron, y una noche, ya cuando iba á rayar el alba, estando cerradas las puertas encontramos á nuestro hermano transformado en un mulo. Ahora nos entregamos á la tristeza porque no tenemos un padre que nos consuele. Hemos consultado á todos los sabios del mundo, á todos los mágicos y encantadores, hemos apelado á todos los recursos, pero inútilmente. Así es que cuando estamos rebosantes de dolor vamos con nuestra madre que está aquí, al sepulcro de nuestro padre, y después de desahogarnos allí, volvemos casa.»

Cap. XXI.—Cuando la joven oyó aquellas razones dijo: «Tened ánimo y no lloréis porque el remedio á vuestros males está próximo y lo tenéis entre vosotras. Yo era leprosa, pero después de haber visto á esa joven y á ese niñito que lleva, que se llama Jesús, y después de haber derramado sobre mi cuerpo el agua con la que su madre le había lavado, me curé. Yo sé que puede también poner fin á vuestro mal. Levantaos, aproximaos á María y traedla hacia vosotras, reveladla el secreto que me habéis confiado y pedidla que tenga piedad de vosotras.» Cuando las mujeres oyeron esas palabras se apresuraron á buscar á María, la trajeron y dijéronla llorando: «¡Oh, María! señora nuestra, tened compasión de vuestras siervas, pues nuestra familia está desprovista de su jefe, y no tenemos ni un padre ni un hermano que esté sobre nosotras. Este mulo que véis es nuestro hermano, á quien las mujeres con sortilegios le han reducido á ese estado. Te rogamos que te apiades de nosotras.» María entonces, com-

padecida, colocó al niño Jesús sobre el mulo, y llorando, como las mujeres, dijo: «Hijo mío, cura á este mulo por tu gran poder y haz que este hombre recobre la razón de que está privado.» Apenas fueron dichas estas palabras el mulo se transformó en un hermoso joven, de los mejores portes y sin deformidad alguna. Y él y su madre y sus hermanas adoraron á María, levantaron al niño sobre sus cabezas, abrazándole, diciendo: «Dichosa tú ¡oh madre de Jesús, y tú Salvador del mundo. Dichosos los ojos que pueden recrearse con tu presencia!

Cap. XXII.—Las dos hermanas dijeron á su madre: «Nuestro hermano ha recobrado su forma gracias á la intervención del Señor Jesús y á las justas observaciones de esa joven que nos aconsejó recurriésemos á María y á su hijo. Ahora, pues, ya que nuestro hermano está soltero, pensamos que es conveniente que se case con esa joven.» Hicieron la petición á María y ella consintió, se hicieron los preparativos para la boda de un modo espléndido; el dolor se tornó en gozo, en alegría los lloros, y cantaron con exceso su contento, vestidos con telas magníficas y adornados con preciosas preseas. Al mismo tiempo celebraban y loaban á Dios, diciendo: «¡Oh Jesús, hijo de Dios! que has trocado nuestra aflicción en contento y nuestros lamentos en gritos de alegría.» José y María permanecieron diez días en aquel lugar, y partieron luego colmados de veneraciones y reconocimientos de aquella familia, que después de despedirlos se quedó llorando, sobre todo la joven.

Cap. XXIII.—Llegaron después á un desierto, y como se les dijera que estaba infestado de ladrones, se prepararon para atravesarle de noche. De pronto vieron dos ladrones que estaban dormidos, y cerca de ellos una multitud de ellos dormidos igualmente. Los dos primeros se llamaban Tito y Dumacos. Pero el primero dijo al segundo: «Ruégote que dejes ir en paz á esos viajeros; tengo miedo que nuestros compañeros los vean.» Dumacos se resistió, y Tito le dijo: «Coge cuarenta dracmas de mi cinto en prenda». Y se lo presentó rogándole no llamara á los compañeros. María viendo á aquel ladrón tan bien dispuesto á servirles, le dijo: «Que Dios te tenga de su diestra y te conceda la remisión de tus pecados.» Y el Señor dijo á María: «Dentro de treinta años ¡oh madre! los judios me crucificarán en Jerusalem, y esos dos ladrones estarán también en cruz á mi lado, Tito á mi diestra y Dumacos á mi izquierda; y ese día

Tito me precederá en el Paraíso.» Y cuando hubo dicho eso, su madre respondió: «Que Dios aparte de ti semejante desgracia, hijo mío.» Y se dirigieron hacia una ciudad llena de ídolos, y como ellos iban, fué cambiada en un montón de arena.

Cap. XXIV —Y vieron en seguida un sicomoro que se llama hoy matarreal, y el Señor Jesús hizo surgir en ese lugar una fuente donde María lavó su túnica. Y el bálsamo que produce ese país viene del sudor que corría por los miembros de Jesús.

Cap. XXV —Luego llegaron á Menfis, y vieron al Faraón, estando tres años en Egipto, y el Señor Jesús hizo muchos milagros que no se consignan ni en *El Evangelio de la Infancia*, ni en el Evangelio completo.

La declaración del Credo.

II

Los Artículos de la Fe deben resumirse en una expresión que es la Verdad; por ello la Escuela Teosófica dice: «No hay religión más elevada que la Verdad.» A ella tienden y á su revelación acuden los libros fundamentales ó sagrados de todas las religiones, libros que contienen enseñanzas dadas por genios ó Maestros que alcanzaron conocimientos superiores ó sobrehumanos, si bien la verdad en ellos contenidas es más ó menos fraccionada, por exigirlo así las condiciones de los séres á quienes va dirigida la revelación que no podría abarcar lo infinito de la Verdad absoluta; á más, los libros de referencia se distinguen por un doble aspecto ó carácter; tienen una forma exterior ó simbólica y una vida interior y oculta por la dicha forma, cuya vida es el fragmento de Verdad; la que se agranda y adquiere más virtualidad y grandeza, conforme sean más elevadas y espirituales las condiciones actuales del sujeto que las requisa.

Con referencia á las Escrituras cristianas, dice Orígenes en *Actas*, pág. 69: «El cuerpo está formado de las palabras en que se hallan escritas las historias y narraciones, las cuales no son literalmente ciertas, y sí sólo relatos para instrucción de los ignorantes; y en tales cuentos se hacen declaraciones noto-

riamente falsas con presupuesto de que las ostensibles contradicciones que en la superficie aparecen, inciten al que leyere á hacer inquisición sobre el verdadero alcance de estos relatos imposibles. A más, que mientras el hombre es ignorante, le es suficiente el libro; él es portador de enseñanzas, le instruye; y como no ve las contradicciones é imposibilidades contenidas en las declaraciones, tomadas en el sentido literal, no experimenta perturbación alguna en la lectura.»

Pero el significado oculto de las Escrituras, su interpretación más profunda que es la que entraña el fundamento de la verdad, sólo se alcanza cuando el hombre ha obtenido un grado de evolución que le haga capaz de entender el sentido espiritual.

Sólo así puede existir en las Escrituras la Revelación para todos los hombres, cualquiera que sea el grado ó desarrollo de su inteligencia.

Cada Revelación ó Escritura se amolda á las condiciones que caracterizan al pueblo ó raza á quien va dirigida, pero las cualidades accidentales pueden en casos determinados desaparecer, mostrando en su fondo la esencia que es la vida, Verdad única y universal.

Al distinguir la parte oculta de las Escrituras sagradas de todas las grandes Religiones, su contenido adquiere un aspecto completamente diverso al que presentaba, vista su forma externa ó superficial; lo ininteligible se va convirtiendo en racional, lo misterioso en fenomenal, y lo dudoso, ó poco claro, en cada vez más detallado y real.

No debe, pues, el hombre poner límites á la investigación de todo lo misterioso y oculto, so pena que algún día se vea obligado á atropellar en forma poco ordenada esos mismos límites.

Anteriormente hemos dicho que toda Escritura fundamental de las grandes Religiones tiene una interpretación vulgar y externa y otra oculta que nos eleva hacia la Verdad á pasos más ó menos rápidos, conforme al estado de la evolución del sér en cuestión; el aspecto de los diversos puntos que abrace el examen de aquélla, ha de variar, según se considere el aspecto externo ó exotérico, ó el interno ó esotérico.

Pero como tal afirmación entraña una importancia fundamental, y en la que sucesivamente habremos de basarnos, nos detendremos á demostrar, valiéndonos de la misma Biblia, su sentido oculto más virtual.

Aducen los que niegan todo carácter oculto á los Evangelios, el versículo 15 cap. XV, de San Mateo, que dice: «Predicad el Evangelio á todas las criaturas»; pero teniendo en cuenta, en primer término, que tal versículo es de dudosa autenticidad, entre otras razones, por hallarse en abierta contraposición con el espíritu general del resto de las Escrituras que abundan en citas de carácter opuesto, como ya veremos, aduciremos por el pronto las significativas palabras del mismo Mateo: «El que tenga oídos para oir que oiga»; dando á entender con ello que no todos los hombres son aptos para comprender lo que se manifiesta en su Evangelio, y así lo entendían los padres de la Iglesia, como se ve en lo escrito por San Clemente de Alejandría, y que dice: «Ahora temo, como vulgarmente se dice, el echar margaritas á los puercos para que las pisoteen y volviéndose nos despedacen; pues es difícil exponer las sentencias realmente puras y transparentes acerca de la verdadera luz á un auditorio soez y sin educación apropiada.»

Por otro lado, sabido es de todos la frase vulgar, entre los hombres de Religión, de *Misterios del Cristianismo*, hoy sin valor real aparente, pero no así en los primeros tiempos de la Institución, desde el mismo Jesús, quien dividía á sus oyentes en dos clases distintas; los llamados «de casa» á los que reservaba enseñanzas no escritas, y los de «fuera de casa» á los que hablaba en parábolas y tal como aparece en los Evangelios; y lo testifica así Marcos, en IV, 11, 12 y 34, donde se dice: «A vosotros os es dado saber el Misterio del Reino de Dios, mas á los que están fuera, todo se le trata por parábolas, para que viendo vean y no vean, y oyendo oigan y no entiendan... Y sin parábola (Jesús) no les hablaba; más cuando estaba aparte con sus discípulos, se lo declaraba todo»; habiéndose conservado después de Jesús la doctrina oculta como inapreciable tesoro que sólo se confiaba á los escogidos. Y no de otro modo puede considerarse al Cristianismo, si ha de tenerse entre las grandes Religiones, todas las cuales han poseído como carácter distintivo, y para que puedan ser fuertes y estables, diversos aspectos adaptados á la diversidad de niveles de la evolución de los hombres, pues claro es que las ideas y pensamientos para el que posea poco desarrollo intelectual no basta para el de superior penetración y alcance. A más, toda Religión, si ha de cumplir la misión importante que está llamada á desempeñar, debe

dominar no sólo todas las emociones, sino todas las inteligencias, so pena de caer en el descrédito y la ruina.

Y por ello todas las grandes Religiones, la de Egipto, el Mazdeismo, el Hinduismo y el Buddhismo, han tenido y tienen su interpretación vulgar, llamada *exotérica*, y otra, reservada para los sacerdotes é iniciados, llamada *esotérica*, siendo tal división tan importante, que á su sostenimiento fiel y progresivo debe la Religión su Verdad incólume, su persistencia indefinida y su dominio sobre otro poder ó facultad.

El esoterismo religioso enseñado en Egipto, en donde fueron iniciados Platón y los griegos más esclarecidos; el de Persia, bajo el nombre de Misterios de Mitra; los Misterios Menores de Eleusis; los de Orfeo y Baco; los de Samatracia, de Escitia y de Caldea; y por último, los Eleusinos, dichos enaltecidos por hombres tan autorizados como Píndaro. Platón, Plutarco, Isócrates y Sofócles, vienen á ser los salvaguardias de la Religión; el punto de contacto con la Divinidad, la fuente de su inspiración y de su poder espiritual y foco de toda Sabiduría y de toda Verdad.

Ahora bien; el Cristianismo es excepción de la regla general respecto de toda otra Religión. ¿Acaso la interpretación vulgar es la única verdadera, y carece de doctrina esotérica? ¿Está por ello condenada á desaparecer, envuelta y arrastrada por el empuje de la filosofía y la ciencia, contra las que ya parece no presentar resistencia apropiada?

No esperemos la respuesta de nada que no sea los fundamentos sobre que se asienta la Religión misma. Acudamos á sus obras matrices, á los Testamentos, y ellos quizás nos contestarán con más suma de detalles que pueda hacerlo otra cualquiera autoridad que tampoco nos proporcionaría tan entera confianza.

Así hemos de seguir, para escudriñar el fondo de los Evangelios, el método empleado por sus propios personajes, indicado en varios lugares, y entre ellos, en los Hechos, XVII-10 á 11, donde se lee: «Entonces los hermanos, luego de noche, enviaron á Pablo y á Sila á Berea, los cuales, habiendo llegado, entraron en la Sinagoga de los judíos. Y fueron éstos más nobles que los que estaban en Tesalónica, pues recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras, si estas cosas eran así.»

Tratemos, pues, de imitar la nobleza de los judíos de Berea, y tanto más cuanto que el mismo Jesús lo practicó en todos los casos y recomendó fuesen escudriñadas las Escrituras para aclarar sus obscuridades, debiendo para ello conservarlas inalterables, tanto cuanto en los Libros mismos se previene «que nadie añada ni quite, so pena de anatema, así de *la letra que mata* como *del espíritu que vivifica*».

San Pablo dice en su Epístola á los Corintios (III-1, 2 y 3): «De manera que yo, hermanos, no os puedo hablar como á espirituales, sino como á carnales, como á niños en Cristo. Os dí á beber leche y no viandas, porque aún no podíais, ni aun podéis ahora, porque todavía sois carnales, pues habiendo entre vosotros celo y contiendas y disenciones, ¿no sois carnales y andáis entre hombres?»

Y la Epístola á los Hebreos (V-12 á 14), dice: «Porque debiendo ya ser Maestro á causa del tiempo, tenéis necesidad de volver á ser enseñados cuáles sean los primeros rudimentos de la palabra de Dios, y habéis llegado á ser tales, que tengáis necesidad de leche y no de manjar sólido. Que cualquiera que participe de la leche es inhábil para la palabra de la justicia, porque es niño, mas la vianda firme es para los perfectos, para los que, por la costumbre, tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal.»

Según tales textos vemos á Pablo reconocer á los creyentes, á los fieles, á sus discípulos en Cristo, divididos en dos clases diversas; los niños, los que se alimentan de leche, porque no podrían digerir la vianda sólida, lo que significa, según él mismo, que son inhábiles para la palabra de la justicia; y los perfectos, los que pueden digerir la vianda firme, que son los que tienen por costumbre los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal, que es la ciencia de las ciencias.

Y tal división no hay que considerarla capciosa ni arbitraria, sino necesaria y obligada; coincide su razón con la razón de los Misterios establecidos en otras Religiones, y tanto la Cristiana como aquéllas han de poseer interpretaciones y conocimientos que puedan llamarse *Ocultos*, porque se reservan á los pocos dispuestos á recibir los últimos y capaces de alcanzar las primeras.

San Clemente de Alejandría, en el libro V, cap. XI *Stromata*, detalla aún más los Misterios Cristianos, como sigue:

«Después de la purificación siguen los Misterios Menores, en los cuales hay algún fundamento de instrucciones y de preparación que sirve de preliminar para lo que ha de venir después: los grandes misterios, en los cuales nada se deja de enseñar acerca del Universo, quedando sólo el contemplar y comprender la naturaleza de las cosas.»

Pero prosigamos agrupando citas hasta fortalecer la tesis de la existencia de una parte oculta en el Cristianismo, para después pretender, con fundamento, tratar siquiera de esbozar algo de la naturaleza del Misterio tan guardado.

Orígenes hace referencia á la doctrina secreta de Jesús, aduciendo lo escrito en San Marcos, IV-10, 11, 33 y 34, San Mateo, XIII-11, 34 y 36, y San Lucas, VIII-10: «Y cuando estuvo solo (Jesús) los que estaban cerca de Él con los doce, le preguntaron sobre la parábola. Y Él les dijo: «A vosotros os es dado saber el Misterio del Reino de Dios, mas á los que están fuera, todas las cosas les son comunicadas por parábolas.»

«Con muchas de estas parábolas les hablaba la palabra, conforme á lo que podían oir. Y sin parábola les hablaba, y cuando *estaban* solos, Él explicaba todas las cosas á sus discípulos.»

«Jesús despidió á la multitud y entró en la casa y sus discípulos con Él.»

En San Juan, XVI-12, dice Jesús á sus Apóstoles: «Tengo todavía muchas cosas que deciros, mas ahora no podéis llevar.»

También San Pablo, en su Epístola á los Hebreos, V-2, dice: «Del cual (de Dios) tenemos mucho que decir y dificultoso de declarar, por cuanto sois flacos para oir.»

En la primera á los Corintios, XIV-20, dice Pablo: «Hermanos, no seáis niños en el sentido, sino sed niños en la malicia, empero perfectos en el sentido.»

En la primera de Pedro, II-2, éste dice: «Y desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual, sin engaño, para que por ella crezcais en salud.»

Y ahora, para convencernos cómo la primitiva Iglesia conservaba las doctrinas ocultas enseñadas por Jesús á «los de casa», es decir, á los perfectos, veamos lo que nos dice San Clemente, que vivió en 189 á 220 y fué Maestro de Orígenes y Jefe de la Escuela Catequista de Alejandría, en su obra *Stromata* (Miscelánea), en la que dice: «El Señor nos permitió comunicar su Misterio Divino, y esta santa luz á aquellos que puedan re-

cibirlo. Él no descubrió, ciertamente, á los muchos lo que á los muchos no pertenecía, sino á los pocos, á los que eran capaces de recibirlo y de amoldarse á ello. Pero las cosas secretas se confían á la palabra y no á la escritura, como hace Dios.»

En otra parte dice: «Los que todavía son ciegos y mudos y no tienen entendimiento ni la visión penetrante y serena del alma contemplativa... deben permanecer fuera del coro divino.»

Y pudiéramos, á permitirlo el carácter elemental de esta obra, continuar aportando citas bíblicas y de Santos Padres que nos dejaran hasta la saciedad plenamente convencidos de la existencia del conocimiento oculto de las Escrituras, de una interpretación no vulgar ni de fácil hallazgo, para la generalidad de los hombres, de los Misterios de la fe ó artículos de la misma, de los que quizás puedan quedar satisfechos algunos de los que rechazan en su conciencia los dogmas exotéricos de la Religión.

J. ROJIDO MOREIRA

LA IDEA MÍSTICA DE WAGNER

La literatura wagneriana basta para llenar una biblioteca; las obras más diversas figuran en ella, desde el simple folleto explicativo de los *leimotiv* hasta las obras más voluminosas: Wagner y su tiempo, Wagner filósofo y pensador, Wagner poeta y crítico, Wagner revolucionario y sociólogo. No hay un aspecto, una fase, por fugitiva que sea, del gran coloso de Bayreuth, que no hayan estudiado sus contemporáneos con pasión ó con verdadera religiosidad.

De ninguna de esas obras se desprende una fisionomía perfectamente definida. Los trabajos más profundos y concienzudos no han servido en la mayoría de los casos sino para acentuar los contrastes y poner de manifiesto los desacuerdos, que trastornan al observador imparcial, inclinado sobre esa alma que D'Anunzzio ha calificado admirablemente de oceánica. ¿Por qué todos esos comentadores han fracasado en su tentativa? ¿No será porque todos ellos han querido precisamente establecer una seriación lógica entre el pensamiento abstracto y el pensamiento

creador de Wagner? Así lo cree Mr. Schuré, que como es sabido ha consagrado al maestro de Wahnfried muchas obras inspiradísimas. El autor de *Los grandes Iniciados,* acostumbrado á buscar la Verdad que ilumina más allá de la razón y de su dominio, ha comprendido que la vida cerebral de este gran creador se dividió en dos clases de actividad diferentes, y á veces contradictorias: la del pensador y la del poeta músico.

Hace poco, ante la escogida concurrencia de la Sociedad Teosófica, Mr. Schuré revistó las fases de la vida de Wagner, revelando vigorosamente la antítesis que existe entre sus opiniones filosóficas y el profundo misticismo de sus obras. En el momento en que Wagner en sus escritos y en sus conversaciones particulares se declaraba partidario de la filosofía materialista de Feuerbach, escribió *Tannhauser* y *Lohengrin.* El pensador, dominado por su tiempo y por su ambiente, proclama que la materia y sus energías bastan para resolver el enigma del mundo y de la vida; el creador afirma, por la voz soberana de su verso y de su orquesta, que la única realidad es la del alma y que el iniciado sólo posee la ciencia y el poder. Sobre el monte místico del Santo Graal, la ciencia oculta, la augusta tradición esotérica, desciende sobre los discípulos que son dignos de recibir el preciosísimo don tras numerosas existencias de meditación y de sacrificio.

Parécenos oir al Wagner materialista proclamar la nada de las realidades invisibles por la boca encantadora de Venus, mientras que el Wagner místico y espiritualista anima de divina piedad y clarividencia sublime la radiante figura de Isabel. Y el alma del maestro vacila entre los postulados de su razón abstracta y las exigencias de su *yo* superior; es, como la imagen del caballero Tannhauser, torturado por el terrible conflicto interior. Pero del mismo modo que en la muerte Tannhauser, despojado por siempre de su envoltura terrestre, presa de la diosa de los sentidos, pasa á unirse en el más allá con la pura Isabel, así el maestro, al término de su carrera, ve calmarse los conflictos, trocarse en calma la tempestad, serenarse los cielos; y se manifiesta al mundo en la única obra que expresa completamente su alma, su inteligencia y su fuerza creadora: *Parsifal.*

En el segundo período de su vida, Wagner fué discípulo ferviente de Schopenhauer. Conoció la tortura del amor; su cris-

pada mano se asía sobre el balcón de piedra de Venecia mientras la fascinación del suicidio atenaceaba su corazón y le enajenaba. Supo resistir. El arte le salvó; cantando en el vibrante poema de *Tristán é Iseo* sus dolores y sus esperanzas, franqueó de un salto la distancia peligrosa que separa el plano pasional del mundo espiritual. Transformó su sufrimiento en energía creadora. Pero quedó herido. La filosofía desesperada de Schopenahuer sedujo su razón. En *El mundo como voluntad y representación* encontró la interpretación más profunda de la música que jamás se le ha ofrecido á un pensador. Se convirtió en su discípulo y lo proclamó.

En ese período el artista creó la *Tetralogia*. Mr. Schuré nos ha mostrado que toda ella descansa sobre la figura de Brunnhilda, imagen del alma humana, ennoblecida por el sufrimiento y el sacrificio, y que se eleva por encima de los mismos dioses, rompiendo en su impulso hacia la vida superior los estrechos límites de su autocracia egoista y de su lógica implacable, y monsieur Schuré cree ver al fin del *Crepúsculo de los dioses* la influencia de las doctrinas filosóficas de Wagner, y aquí encuentra el soplo aniquilador del pesimismo. No estoy menos de acuerdo con él cuando evoco la estructura musical de esa catástrofe, que me parece, por otra parte, una apoteosis. Sin duda la morada de los dioses se deshace en llamas, pero esas llamas son las del trono donde el cuerpo de Sigfrido se consume. Sin duda en la ribera del río corren los cadáveres y las ondas tragan á Hagen; pero las inocentes hijas del Rhin encuentran con su anillo la alegría de vivir. Cuando Brunnhilda, con la mano sobre la crin de su fogoso corcel, lanza hacia el alma de Sigfrido su grito de amor, la música nos dice que no es la nada lo que triunfa, sino más bien el amor redentor, y cuando en la orquesta la ruina de los dioses se proclama por el trueno del desquiciamiento final, ese tema del amor redentor, puro, límpido, se eleva del abismo místico y sube, extendiéndose con una suavidad que hace pensar en la ascensión lenta y serena de las almas amantes en la luz espiritual.

Según nosotros, así la *Tetralogia* es una prueba más de que en las profundidades del alma donde se elabora la obra de arte, Wagner fué en todo tiempo un ferviente místico. Necesitó una existencia de luchas para que ese conflicto cesase, y que de los abismos de la actividad inconsciente, el verdadero, el radiante

Wagner, se remontara á la luz de la conciencia, para abarcar el sér por entero y reinar dueño sobre todos los dominios del pensamiento y del espíritu.

Este Wagner clarividente y todopoderoso es el que al fin del siglo XIX, cuando se podía temer el triunfo final del materialismo, ha edificado como un templo de la verdadera ciencia, la catedral sonora de *Parsifal*.

Sería una débil interpretación de esa iluminación interior de Wagner decir que se hizo un creyente cristiano. La leyenda del Graal es, en efecto, la más vieja de todas las formas religiosas. Sus raíces se hunden en esa tradición esotérica universal que los clarividentes saben descubrir y contemplar como un río de vida inagotable y de ciencia eterna, bajo la floración variada de las religiones humanas.

Al apropiarse esa leyenda, que no había hecho más que desflorar en *Lohengrin*, Wagner entró con un paso consciente en el rango de los Iniciados, y tomó posesión de esa «herencia del mundo» que Wotan no supo conservar y á la que le dieron derecho las prerrogativas sagradas del genio. Sólo un hombre que ha vencido esa gran transformación interior que Paracelso comparaba á la transmutación de los metales viles en oro puro, sólo un vidente que ha recorrido los mundos donde se extiende el poder del hombre, sólo un Iniciado ha podido escribir el *Parsifal*. *Parsifal* es el poema de la iniciación, desde el despertar de la piedad, á través de las tentaciones del corazón y de los sentidos, hasta el coronamiento, signo de la victoria final. Redención al Redentor, he ahí lo que cantan los coros tendidos desde abajo arriba de la bóveda mística. Y tal es la lección que cantan los caballeros del Santo Graal, la lección inmutable de los Maestros de la Sabiduría desde el *Bhagavad Gita* á nuestro tiempo.

Wagner no podía morir sin haber oído resonar en sí mismo y sin haberlo participado al mundo, ese canto, vistiéndole con la forma de una imperecedera belleza.

Julio SAUERWEIN

MOVIMIENTO TEOSÓFICO

En el próximo número empezaremos la publicación del interesante trabajo de Annie Besant, *H. P. B. y los maestros* que hemos anunciado á nuestros lectores.

* * *

El día 6 del próximo mes de Junio se celebrará en Wiesbaden (Wartburgo-Alemania), el quinto Congreso internacional de Teosofía de la Sociedad teosófica alemana, en el que tomarán parte Anton Hartmann, Hermana Rudofph, Federico Jaskonski, Ernesto Gorsemann, Roberto Syring, Emma Helling y B. Funke, entre otras personalidades.

* * *

En la prensa de San Sebastián se da cuenta de la interesante conferencia que dió el mes pasado en el salón-biblioteca de Bellas Artes sobre el tema «Noumeno y fenómeno alquímico. Interpretación de la sabiduría antigua», el estudioso oficial del regimiento de Sicilia, D. Miguel Pérez Alcorta.

Comenzó el disertante haciendo notar cuál era la finalidad del Ateneo, para desvanecer algunas penumbras de recelo que en torno á aquel organismo se habían formado.

Historió á grandes rasgos la doctrina de su disertación, estudiando las transmutaciones y cambios que hubo de experimentar á través del tiempo.

Hizo algunas observaciones de profunda originalidad sobre las hipótesis, como fundamento de las más atrevidas teorías científicas. Continuamente asistimos—dijo—á la caída de las verdades de ayer, sin saber cuáles han de ser las verdades de mañana.

Combatió el error difundido en el vulgo iletrado y letrado, de suponer que los alquimistas eran mixtificadores falaces, y definió la Alquimia como «la expresión criptográfica de una profunda sabiduría espiritual.»

Detenidamente explicó el sentido tácito de estas palabras, reforzando su dialéctica con interesantes citas de Miguel Sendivogius, Hermes Trimegisto, y fragmentos de un tratado anó-

nimo del siglo XVIII, escrito en inglés y titulado: «The Hermetical Triumph».

Comentó el libro «La entrada libre en el Palacio del Rey» del alquimista Alejandro Sethon.

Expresó su creencia de que los alquimistas se proponían elevar el nivel moral de la humanidad y que la íntima contextura de la Alquimia no es sino la sabia trabazón de preceptos filosóficos y éticos que no podían ser manifestados directamente á causa de las ideas predominantes en las distintas épocas.

Dividió á los alquimistas en químicos y filósofos.

Sostuvo que si se les atribuye descubrimientos, es porque muchos se consagraban incidentalmente al estudio de las ciencias físico-químicas. Impugnó la obra del Sr. Luanco «La Alquimia en España», destinada, como se sabe, á satirizar esta ciencia, y á este propósito manifestó que España fué una nación privilegiada en punto á Alquimia, puesto que árabes y judíos nos legaron la esencia más pura de la civilización oriental. Se detuvo á considerar la labor de Raimundo Lulio y Arnaldo de Villanova.

Refirió cómo se transmitieron las iniciaciones del Egipto y la India á Grecia y de aquí al mundo occidental.

Transcribió opiniones de Orígenes y Manethon sobre Moisés, y de Maimónides sobre la ciencia antigua.

Afirmó que los antiguos conocían gran parte de lo que reputamos como conquistas modernísimas de la ciencia.

¿Dónde están, se preguntó el conferenciante, los colores inalterables de Luxor, la púrpura de Tiro? ¿Dónde el cemento indestructible de las pirámides y acueductos? ¿Dónde las hojas de acero de Damasco que podían ser retorcidas en tirabuzón sin romperse? ¿Dónde el secreto del vidrio maleable?

Habló del Anillo de Cheop y de las lámparas inextinguibles de algunas tumbas remotas.

Se ocupó de los fenómenos psíquicos que preocupan hoy en día á científicos tan hondos como William Crookes y Hane.

Invectivó enérgicamente el positivismo bárbaro de la época que todo lo quiere resolver automáticamente.

Puso fin á su discurso con hermosos períodos en los cuales exaltó la verdad, el bien y la belleza. La inteligencia—dijo—adquiere el conocimiento por la ciencia, y el corazón alcanza la moral por el amor.

Sostuvo que los términos Sabiduría y Virtud son sinónimos; y en apoyo de este aserto hizo bellas imágenes y pronunció frases sugestivas y entusiásticas.

El Sr. Pérez Alcorta fué muy felicitadísimo por los concurrentes. Su discurso puso de manifiesto un fervor por el estudio que muchos debían imitar.

* * *

El día 5 de Marzo ha quedado constituída en la ciudad de Matanzas (Isla de Cuba), la nueva Rama «Dharma», siendo nombrados: Presidente, D. Mateo Y. Fiol y Secretario, D. Romualdo Duque de Heredia.

* * *

Hemos recibido el primer número del segundo año de la interesante revista *Rayos de Luz*, órgano de la Asociación de Estudiantes de Teosofía, que ve la luz en la Habana, bajo la dirección de nuestro distinguido amigo D. Hipólito Mora.

Esta revista, aunque independiente de la Sociedad Teosófica, se ocupa de asuntos teosóficos y está consagrada á propagar este movimiento filosófico.

* * *

El director de *La Verdad*, D. Federico W. Fernández, ha sido nombrado Agente y Representante de la Presidencia de la Sociedad Teosófica en la América del Sur, en lugar de D. Einar K. With, que ha renunciado dicho cargo.

Para informes correspondientes á dicho continente é ingresos en la Sociedad, deben dirigirse á dicho Sr. D. Federico W. Fernández, Bolivia, núm. 184, Buenos Aires.

* * *

Acaba de publicarse en Nápoles una edición italiana de la *Guía espiritual* de Miguel Molinos, reeditada por Giovanni Amendola. El prólogo que precede á la preciosa edición, está admirablemente hecho y merece todo género de elogios, y así lo ha reconocido la prensa italiana que se ha ocupado con detenimiento de la obra y el trabajo del Sr. Amendola.—*R.*

San Sebastiana Esperantista Grupo Teosofista.

Oni invitas chiujn esperantistojn teosofistajn, korespondadi esperante pri aferoj rilatantaj al nia scienco, kaj ni ankau proponas traduki chiujn teosofistajn artikolojn de fremdaj samideanoj, por ilin publikigi en la hispana revuo *Sophia*. Ni proponas nian kunlaboradon en samespecaj fremdaj revuoj.

Grupo Esperantista Teosófico de San Sebastián.

Se invita á todos los teósofos esperantistas á corresponder en esperanto sobre asuntos relacionados con nuestra Ciencia, y también nos ofrecemos á traducir al español todos los artículos de extranjeros que se nos remitan en esperanto, para publicarlos en nuestra SOPHIA. Colaboraremos del mismo modo en revistas extranjeras de igual especie.

Artes Gráficas: J. Palacios. Arenal, 27.